

zón natural enseña ser Dios, digno de ser amado y servido. Y Gregorio Nacianceno,⁶ dice que la naturaleza racional arde en deseo de su criador. Damasceno, lo mismo en el libro *De ortod. fid.* diciendo que haber Dios, lo dice la misma inclinación natural del hombre, que parece que lo muestra. Y Lactancio Firmiano,⁷ dice lo mismo; y Santo Tomás,⁸ fuera de lo referido *Contra gentiles*, dice lo propio, probando que ofrecer sacrificio a Dios es de ley natural y que naturalmente son inclinados los hombres a ofrecerle. Por manera que en cualquier tiempo o edad y entre todas las naciones del mundo, siempre hubo y usaron los hombres ofrecer a Dios sacrificio; y la razón es, porque la razón natural dicta, mueve y compele a los hombres que se sujeten a algún superior que les pueda suplir los defectos y faltas que en sí mismos sufren y padecen y que les pueda socorrer en sus menengas y necesidades, de las cuales están rodeados y que pueda sobrellevarlos en sus flaquezas y desventajas; y como entre los hombres no se conozca, quien cumplida y cabalmente pueda suplir lo dicho ni remediarlo, es forzoso y necesario concebir y atinar, con lumbre de razón, que hay alguna otra cosa más excelente, más poderosa y superior que el hombre, que pueda suplir y remediar lo dicho, y éste ha de ser Dios. Luego todos los hombres del mundo, por bárbaros y salvajes que sean, ora sean apartados en tierras remotas, ora en islas y en los más escondidos rincones del mundo, conocen que hay Dios naturalmente por la lumbre de la razón y del entendimiento, con conocimiento confuso y no claro, ni distinto (porque no lo puede haber naturalmente, sino con fe y por otros medios sobrenaturales, y como Dios quisiere manifestarse).

CAPÍTULO III. Cómo los hombres no pueden vivir sin reconocer algún dios falso o verdadero, por cuanto el principio natural que hay en él (que es la voluntad y apetito) le incita a ello



UPUESTAS YA EN LOS DOS CAPÍTULOS PASADOS estas dos cosas (conviene a saber) la una, que hay Dios y que es imposible no haberle; y la otra, que en el hombre hay inclinación natural por la cual se debe inclinar a buscarle, amarle y servirle, se sigue necesariamente, tras estos dos verdaderísimos principios decir, que nuestro entendimiento (que es la lumbre natural que Dios en nosotros puso) es imposible poder estar sin ninguna opinión y creencia falsa o verdadera, ni nuestra voluntad, sin amar esta cosa que el entendimiento, falsa o verdaderamente, le ha representado. Y es la razón, porque supuesto que es al hombre natural, es cosa necesaria que naturalmente se incline a buscarle, por el camino que el entendimiento le abre, y que la voluntad apetezca este bien que le falta para hinchar el

⁶ Div. Gregor. lib. de Theol.

⁷ Lactancio lib. 3. cap. 11.

⁸ Div. Thom. 2. 2. q. 85.

vacío de su deseo, que anhela y clama por amarle, por ser su acto amar, como el del entendimiento entender y conocer. Y así, si nuestra potencia racional (que es el entendimiento) caminando derechamente por la lumbre natural encuentra con la primera verdad, que es la divina y la que llamamos Dios verdadero, teniendo verdadera creencia; alcanza por consiguiente manera verdadero conocimiento, del cual la voluntad se aprovecha para amarle y deleitarse en su amor y servicio; porque sin el entendimiento la voluntad no se arroja a ejercitar sus actos, porque aunque la llama el Filósofo reina, es ciega, por cuanto no sabe más que amar, y para amar bien y rectamente tiene necesidad de ojos con que vea lo que ha de amar, de lo cual le sirve el entendimiento; porque es el Gomecillo que la adiestra y guía, sin el cual es fuerza que no acierte camino ninguno, por cuanto por sí misma está imposibilitada de la vista necesaria para no caer.

Siendo pues esto así, si por ventura el entendimiento, rigiéndose por razón, sigue el camino derecho de la verdad y el conocimiento cierto de este Dios, a quien naturalmente se inclina, y la voluntad consecutivamente ama este sumo bien, representado por el entendimiento, nace luego de estas dos cosas el divino y verdadero culto y honra de Dios, que llaman los theólogos latría, al cual naturalmente el entendimiento se inclina a conocer y la voluntad a amar por este medio de conocimiento que el entendimiento le representa. Pero por el contrario, si por las tinieblas de ignorancia y corrupción de naturaleza humana, con que todos nacemos, y después con las que añadimos con los pecados actuales que cometemos, acaeciére (por nuestra desdicha) que la creencia y buena opinión que nuestra potencia intelectual debiera tener de esa misma primera y suma verdad, la aparta de ella y la aplica y traspasa a otras cosas criadas, que no son Dios; las cuales debía tener por siervas y esclavas para ayudarse de ellas para el conocimiento del que lo es verdadero, haciendo más caso de estas cosas del que debiera y era razón; y la voluntad, por consiguiente manera, siguiendo el error del entendimiento, se deja llevar de este mismo yerro, amando estas cosas mentirosas, falsas y caducas, que no sólo no son Dios, ni criador, sino puramente criaturas; nació luego de este principio errado, que cuando faltó gracia y doctrina, y no hubo quien guiase y encaminase los ánimos de los hombres, a que por el camino cierto y verdadero del conocimiento de el verdadero Dios que la lumbre natural enseñaba, caminasen y buscasen esta pura y primera verdad; y que la voluntad amase esta primera causa, sino que traspasase su amor (siguiendo el errado entendimiento) a las cosas falsas y mentirosas, comenzaron a andar estas potencias desvariadas y descarriadas, como ciegas y sin guía; y por consiguiente manera, la racional, que es el entendimiento, fue a parar en creencias y opiniones de diversos errores, y la voluntad a amar, servir y dar honra y obediencia a las criaturas, quitándosela a Dios, a quien naturalmente le es debida, recibiendo por dioses aquellas cosas, las cuales tenían alguna apariencia o rostro de bondad o excelencia. Y estas cosas llamamos ídolos, o aquellas cosas que estos mismos ídolos representaban. Porque cualquiera bondad, alteza o nobleza que las criaturas tienen, o muestran en sí, no es porque son divinas y dignas de

este nombre, Dios (por cuanto no les pertenece por ser faltas del poder necesario para podersele atribuir), pero son una demostración y (hablando propiamente) unos vestigios, huellas o pisadas y una semejanza de alteza, excelencia y majestad divina; y ésta es la idolatría, contraria a la latría, que es culto y servicio a Dios debido, y usurpado para las cosas que no son Dios, tan derramada y extendida por el mundo y tan usada y seguida de los hombres ciegos.

La razón de entregarse los hombres a dioses falsos y fingidos, después que carecen de el conocimiento del cierto y verdadero, es porque es natural cosa a nuestra naturaleza humana humillarnos y ofrecer nuestra sujeción, hacer reverencia y dar honra a aquello que es superior a nosotros; porque siguiendo el orden de la misma naturaleza, vemos que las cosas inferiores y de menos valor son sujetas a las superiores y parece que son subordinadas a las de mayor dignidad (según razón de filósofos). Y porque la manera y modo más natural al hombre y más conveniente, es usar de señales sensibles y visibles cuando quiere dar a entender alguna cosa, por serle cosa natural comenzar por ellas para poderse dar a entender; de aquí es que el hombre, guiado por razón natural, usa de algunas cosas sensibles que ofrezca a Dios, en señal y manifestación de la reverencia y servidumbre que le debe y de la honra que es obligado a darle, como a verdadero y primero principio y causa del hombre y Señor de todo lo criado; a semejanza y ejemplo de aquellos que a sus señores sirven con algunos tributos o dádivas, en reconocimiento de señorío; y a esto pertenece la honra de sacrificio que a sólo Dios, por derecho natural, es debida, para hacer diferencia de las honras y servicios que los hombres hacen a los hombres, así como hincar las rodillas, bajar las cabezas y otras ceremonias y actos semejantes, los cuales, aunque también se ofrecen a los hombres, es con diferente intento, porque a Dios se le debe como a supremo Señor; y así se le ofrece como a causa suprema y universal de todo lo criado; pero a los hombres en manera de benevolencia, amistad, caricia y reverencia política; porque nunca a los hombres se ofreció jamás sacrificio, por no haber cosa que más propiamente le competa a Dios que el sacrificio; y esto, ninguna nación jamás creyó que se debiese sacrificio sino sólo aquel que ha tenido y tenía por Dios, o lo fingían tener por Dios, como lo dice Santo Thomás *Contra gentiles*;¹ y San Agustín,² lo afirma también, diciendo que ningún hombre, por errado que fuese, ofreció sacrificio a otra cosa, sino a aquella que tenía y estimaba por Dios. Y así, este modo de adoración es antiquísimo y de alta dignidad, según el mismo tratando del que Abel y Caín ofrecieron a Dios, aprobando el uno y reprobando el otro, en los libros de la *Ciudad de Dios*.

De todo lo dicho, se sigue manifiestamente que la servidumbre divina, o culto divino y verdadero, conviene a saber, al verdadero Dios hecho y ofrecido, o el erróneo y falso, conviene a saber, el que a las criaturas y dioses

¹ Lib. 3. *Contra Gent.* cap. 120.

² *Div. Aug.* lib. 10 de *Civit. Dei*, cap. 4.

falsos se ha hecho, donde quiera que se ha hecho, ora sea universal, ora particular, conviene a saber, que todas las naciones del mundo lo hubiesen tenido y hubiesen hecho unas más y otras menos, según más o menos fueron prudentes las gentes, y devotas y de mejor y más concertada pulicía, ha sido natural; y así, en ningún tiempo, después que los hombres comenzaron a multiplicar, faltó en el mundo culto divino y sacrificio verdadero, aquel que a Dios verdadero se hacía por los fieles que le conocían, o el culto erróneo y falso, que al demonio se ofrecía, que es el que llamamos idolatría. Y que esto haya sido en la primera o segunda edad del mundo, que comenzó después del Diluvio, se verá en su lugar; aunque San Epifanio,³ afirma ser al cabo y fin de la edad segunda, en tiempo de Abraham, y Santo Tomás,⁴ también lo dice en muchas partes de sus obras. Todo lo dicho se prueba por lo que notan los doctores sagrados sobre aquellas palabras de el *Deuteronomio*,⁵ que dicen: si te olvidares de tu Dios y siguieres dioses ajenos. Estas dos cosas se consiguen la una a la otra, porque quien a Dios verdadero deja y desampara (cuanto al divino culto y su fe santa), de necesidad ha de buscar y seguir dioses ajenos, por razón de que ninguna gente puede vivir sin Dios, ora sea falso, ora verdadero; y la razón de esto es lo que ya está dicho; porque como nuestra ánima tenga natural conocimiento de Dios, aunque confuso, y vea en sí el hombre muchos defectos, faltas y necesidades, que ni él, ni otros hombres, se las pueden remediar ni suplir (porque todos las padecen), como son falta de agua, esterilidad de tierras, falta de salud, falta de vida, carencia de hijos y sobra de trabajos y adversidades que cada día padecen y experimentan, ha de trabajar por buscar quién es aqueste Dios que puede suplir y remediar tantas y tan grandes faltas y necesidades. Y si este tal es guiado y alumbrado por gracia o por doctrina, encontrará con el verdadero Dios y amarlo ha, honrarlo ha y obedecerlo ha y servirlo ha con aquella servidumbre y honra que a Dios sólo se debe. Y si esta gracia o doctrina le falta, que es la guía para hallarle, luego que le aparece alguna criatura que tenga alguna perfección, bondad o excelencia, como quiera que son vestigios y semejanzas de las excelencias y perfecciones del verdadero Dios, de necesidad la ha de acetar, amar, honrar, tener y servir por Dios y ofrecerlo aquel servicio, que por razón natural conoce pertenece a sólo Dios. Luego, según lo probado, ningún hombre del mundo puede vivir sin algún Dios, falso o verdadero; y por consiguiente manera, después que los hombres comenzaron a multiplicarse, nunca en el mundo faltó culto divino y sacrificio verdadero, hecho y ofrecido al verdadero Dios, el cual se llama latría o culto divino; o erróneo y falso, ofrecido a falsos y mentirosos dioses, lo cual se llama idolatría, por usurparle a Dios verdadero la adoración y ofrecerse al que lo es falso y fingido.

³ Epiph. lib. I. Contra Haereses.

⁴ Div. Thom. 2. 2. q. 94. art. 1. et q. 174. art. 6.

⁵ Deut. 6, 12 et 14.